

Subte
adaptación de la obra “METRO”
de Francisco Sanguino y Rafael González

Huida de un subte en la oscuridad. En la estación, una mujer observa la espalda del último vagón. Recupera el aliento. Recorre la estación con la mirada, la fija en la boca del andén. Un hombre de unos treinta y cinco años, bien vestido, con portafolios en una mano, diario en la otra, llega apresurado, se detiene justo antes de caer al foso de las vías. Se da cuenta de que si no se hubiera enganchado en el maldito molinete, ahora estaría de viaje. Mira hacia un lado y otro del túnel sosteniendo la rabia apenas entre los dedos.

Ya no hay remedio el mayor de los fracasos se incuba en un minuto.

La mujer, como en un acto de mutación inmediata, se dirige a uno de los asientos, se coloca gafas oscuras, se sienta y cruza las piernas dejando a la vista mas allá de sus rodillas.

El hombre siente que hay alguien a su espalda, gira la cabeza para asegurarse y ve a la mujer, pero ella no lo mira a él, sino al otro lado del andén (ella ha girado furtiva y rápida la cabeza al suponer que él habría de mirarla). La observa un instante extrañado: esa mujer sigue ahí sentada a pesar de que el subte ya no está en la estación. El hombre vuelve a lo suyo, a su derecha, a su izquierda, por donde el subte debe llegar de nuevo. Mira la hora que es, piensa. Y golpea el reloj con el índice.

Opta por sentarse. Al lado de la mujer hay sitio para dos más y él lo hace, claro, en el extremo: no le interesan sus piernas.

HOMBRE: Hola.

MUJER: Hola.

Él lo ha dicho cansado, mirando levemente; ella, como si fuera empleada en los servicios públicos.

Él abre el diario y ojea alguna noticia internacional que no cuenta nada nuevo ni bueno. La mujer echa un vistazo gratis a la contraportada, pero el relato de la vida de un tipo que suda oro no le entusiasma demasiado y aparta la vista, mira el reloj digital de la pared pagado por una marca de chocolates.

El Subte no llega.

Él vuelve a desesperarse, se pone de pie. Vuelve a observar un lado de la vía, el otro, esta vez su retina se esforzó un poco más en la oscuridad del túnel. Mira su reloj y, como último acto del ritual, habla:

HOMBRE: Cómo tarda ¿verdad?

La mujer lo mira intentando disimular algo que ya sabía: es el tipo más idiota del planeta. Él es incapaz de advertirlo, pero se incomoda y repite:

HOMBRE: Está tardando demasiado.

Ella lo mira detenidamente con una ligera sonrisa, no se sabe si de complacencia o de ironía.

MUJER: ¿Quiere un chicle?

HOMBRE: No, gracias. ¿Lleva...?

MUJER: ¿Qué hora es?

HOMBRE: Las nueve y cinco. ¿Lleva mucho tiempo esperando?

MUJER: ¿Cómo?

HOMBRE: Que si espera hace mucho.

MUJER: No.

HOMBRE: Ah, también acaba de llegar.

MUJER: No.

HOMBRE: No, no, claro: cuando llegué, usted ya estaba aquí.

MUJER: Oiga...

HOMBRE: ¿Sí?

MUJER: Usted habla del subte.

HOMBRE: Claro.

MUJER: ¿Y no tiene miedo de que se le moje?

HOMBRE: ¿Cómo dice?

MUJER: El traje, ¿no tiene miedo de que se le moje? Parece un traje muy caro.

El hombre mira hacia el techo por si hay goteras.

HOMBRE: Perdona, no sé si me habrá entendido, le preguntaba si...

MUJER: Le entendí perfectamente. No espero el subte.

HOMBRE: Disculpe, pensé que...

MUJER: No se disculpe, no es la primera vez.

Ella da por zanjado el asunto con una sonrisa que desaparece de su boca cuando gira la cabeza hacia el otro lado.

El hombre también ha sonreído, correspondiendo, y ahora se abanica con el periódico mientras hace uso del portafolios para golpearse la rodilla. La mujer lo mira molesta por el ruido él, cuando se percata de que aquellos ojos inquisidores le buscan la yugular, deja el golpeteo y vuelve a sonreír. La mujer sigue mirando, el hombre aparta la mirada y la dirige al techo de la estación, los túneles y las vías. Las gotas de sudor le resbalan por pecho y espalda, él las siente resbalar, vigila su trayectoria hasta que el asco de sí mismo lo devuelve a la estación. Mierda de subte, pero qué puede hacer. Por lo pronto, volver a abrir el diario en la página que lo dejó, cuando ella dice:

MUJER: ¿Me presta el diario, por favor?

HOMBRE: Sí, sí, claro, tome.

MUJER: Gracias.

HOMBRE: De nada, está un poco mojado. Es que me transpiran las manos. Debe ser alguna enfermedad. *(Se limpia las manos con un pañuelo)*

MUJER: No, es ansiedad. O el calor, claro.

HOMBRE: Sí, claro, qué calor que hace.

MUJER: Es engañoso.

HOMBRE: ¿Qué es engañoso?

MUJER: Que haga calor.

HOMBRE: ¿Es engañoso que haga calor en pleno mes de enero? ¿No lo dirá en serio?

MUJER: *(Se quita los anteojos de sol y lo mira fijamente)* Yo siempre hablo en serio de estas cosas.

Ella ha ido pasando las hojas mientras hablaba, distendida, sin atender a lo que había escrito en ellas, pero al decir: “Yo siempre hablo en serio de estas cosas” su mirada ha vuelto a ser dura: Pasa otra hoja, y esta vez lee:

MUJER: ¡No!

HOMBRE: ¿Le pasa algo?

MUJER: ¡NO!

HOMBRE: Señora...

MUJER: ¡Dan un documental de culebras!

HOMBRE: ¿Dónde? ¿En el diario?

MUJER: En televisión. A las diez y media.

HOMBRE: ¿A las diez y media? *(Mira su reloj)* No se preocupe, todavía falta más de una hora. *(Mirando hacia ambos lados del túnel)* Aunque al paso que vamos... ¿Le gustan las culebras? *(Una pregunta que más bien es una afirmación)*

MUJER: Me encantan, soy la que más sabe de serpientes en mi barrio. ¿A usted no le gustan?

HOMBRE: ¿A mí? Me parecen repugnantes. Sobre todo esas que son grandes... La pitón y esa otra... ¿cómo...?

MUJER: La boa.

HOMBRE: Eso, la boa es enorme.

MUJER: *(Mirando al infinito)* Llega a medir seis metros.

HOMBRE: ¡Seis metros! ¡Qué asco!

MUJER: *(Al mismo sitio)* Qué hermosas.

HOMBRE: Oiga, entonces a ust...

MUJER: En Puerto Rico hay una isla que se llama así.

HOMBRE: Boa.

La mujer le echa una mirada que lo dice todo. Nuevamente se refugia de la estupidez del mundo entre las páginas malolientes del diario. Él, sin embargo, se queda mirándola absorbiendo su labio inferior y pensando: debe creer que soy un boludo, así que voy a retomar.

HOMBRE: ¿En Puerto Rico hay una isla que se llama Boa? ¿En serio?

MUJER: Culebra.

HOMBRE: Culebra.

MUJER: En Puerto Rico hay una isla que se llama Culebra. Y en Panamá un río.

HOMBRE: ¿De verdad?

MUJER: Como lo oye.

HOMBRE: ¿A quien se le habrá ocurrido ponerle un nombre así a un río? Estos centroamericanos... *(Con desprecio)* "Culebra". De sólo pensarlo se me pone la piel de gallina. "Culebra". Son repugnantes.

MUJER: No son repugnantes. A usted le parecen repugnantes, sin embargo a mí me encantan. ¡Cómo me gustaría ver ese programa!

HOMBRE: Lo verá, no se preocupe. No creo que tarde mucho más.

MUJER: No es por el subte, es que no puedo.

HOMBRE: Tiene que trabajar.

MUJER: No es por eso.

HOMBRE: Ah, ya sé qué quiere decir, perdone usted mi indiscre...

MUJER: ¿Ah, sí? ¿Qué es lo que quiero decir?

HOMBRE: Bueno, que...

MUJER: Piensa que no tengo dinero para comprarme un televisor, ¿no?, eso piensa...

HOMBRE: No, yo, bueno...

MUJER: Entonces, ¿por qué se disculpa?

HOMBRE: Creo que me metí donde no me llamaron.

MUJER: No, no se metió, así que no tengo por qué disculparlo.

HOMBRE: Muy bien, dejémoslo así.

MUJER: Cree que soy pobre, ¿verdad?

HOMBRE: No, no lo creo.

MUJER: No mienta, sí lo cree.

HOMBRE: No, le aseguro que...

MUJER: ¿Qué pasa? Quiere saber cuánto dinero gano, es eso, ¿no?

HOMBRE: No, no quiero saberlo, no hace falta que me lo diga, por favor, no es asunto mío. Por favor.

MUJER: Está bien, dejémoslo así. ¿Cuánto gana usted?

HOMBRE: Oiga, señora...

MUJER: Es sólo por curiosidad.

HOMBRE: No creo que le interese.

MUJER: Claro.

HOMBRE: Seguiremos esperando.

MUJER: Seguro que gana mucho dinero.

HOMBRE: ¿Por qué no se preocupa más de esperar el subte que de saber cuánto gana?

MUJER: Es que yo no espero el subte. Ya le dije que no lo espero. Me metí acá huyendo de la lluvia.

HOMBRE: ¿De la lluvia? Pero si no llueve...

MUJER: Va a llover.

HOMBRE: No creo.

MUJER: Va a llover.

HOMBRE: Yo creo que se equivoca.

MUJER: Soy meteoróloga.

HOMBRE: Ah. *(Piensa: he hecho el ridículo)* Así que va a llover.

MUJER: ¿No vio esas nubes?

HOMBRE: No parecían de lluvia.

MUJER: Realmente son las únicas que pueden hacer llover. Eso lo saben hasta los chicos.

HOMBRE: Pues lloverá. Lloverá si usted lo dice.

Él ha dado por concluido el salto: Ha ganado ella por puntos. Claro que...

HOMBRE: Así que meteoróloga.

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Trabaja en televisión?

MUJER: No, en la radio

HOMBRE: ¿En la radio? ¿En qué emisora?

MUJER: Radio Paraná.

HOMBRE: ¿Radio Paraná? ¿Aquí? Que yo sepa, por aquí no pasa el Paraná.

MUJER: En Rosario.

HOMBRE: Ah, usted es de Rosario.

MUJER: De La Plata. Fui a Rosario de chica. Mi padre tuvo un hundimiento.

HOMBRE: ¿Un qué?

MUJER: Se hundió el barco donde navegaba.

HOMBRE: Lo siento.

MUJER: Yo no.

HOMBRE: ¿No siente que su padre haya muerto?

MUJER: Dudo que mi padre haya muerto.

HOMBRE: Pero el barco...

MUJER: Si, el barco se hundió, desapareció la tripulación, pero yo no creo que mi padre se ahogara.

HOMBRE: Entonces fue cerca de la costa.

MUJER: No, fue en un temporal en medio del Atlántico.

HOMBRE: Ah.

MUJER: Así que nos fuimos con mis abuelos. Yo tenía once años. Mi hermano se casó hace unos meses y vive acá.

HOMBRE: ¿Y le gusta esto?

MUJER: Dice que es demasiado grande.

HOMBRE: Me refiero a usted.

MUJER: ¿A mí?

HOMBRE: Sí.

MUJER: Bueno...

HOMBRE: Es una ciudad grande y atractiva.

MUJER: Sí, lo es.

HOMBRE: Claro que Rosario...

MUJER: También lo es, claro.

La mujer saca un atado de Gauloises Caporal y enciende uno, pero no ofrece. Él vuelve a mirar hacia el túnel, mete la mano en el bolsillo e investiga a fondo, pero no encuentra los cigarrillos. Un tanto incomodo, se decide a pedirle uno a la mujer, con sutileza, claro.

HOMBRE: Me parece que perdí los cigarrillos.

MUJER: *(Sin percibir la indirecta. O puede que cambiando de tema)* Aunque a veces no se está bien en ningún lugar.

HOMBRE: Eso es cierto. *(Mira el soplido leve de la mujer y desea imitar esa acción purificadora)*

MUJER: Y se está a desgano en todas partes.

HOMBRE: Claro.

MUJER: Y te dan unas ganas locas de escapar, huir, buscar una islita en el Caribe y olvidar. ¿No le parece?

HOMBRE: Sí, claro. Disculpe, creo que perdí los cigarrillos. ¿Me convida uno? Es por no salir a comprar, no vaya a ser que venga el subte.

MUJER: Claro... Son negros.

HOMBRE: Bueno.

MUJER: Franceses. Gauloises.

HOMBRE: No los fumé nunca.

MUJER: Son los que fumaba Cortázar.

El se pone delante el cigarrillo y le da una pitada, parece que no le ha impresionado mucho eso de que ese tabaco pasara por los bolsillos y los dedos de Oliveira.

MUJER: Cortázar, el escritor.

HOMBRE: Ah.

MUJER: ¿No conoce a Cortázar?

HOMBRE: Me suena. Pero no sabía que fuera escritor.

MUJER: ¿Y qué pensaba que era? *(Un tanto ofendida)*

HOMBRE: No sé. La verdad es que nunca me interesaron los famosos. *(Intentando apuntarse un tanto en contra de su ignorancia)*

MUJER: Ah, ya entiendo...

Ella lo mira con cierta repugnancia: siente que ha perdido el partido, pero no el campeonato. Se hace un silencio.

HOMBRE: Así que esto es lo que fumaba Cortázar.

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Y dónde los compró?

MUJER: No los compré. Me los trajo un compañero de la radio que estuvo en Francia. Dice que aquello es precioso. *(Se va difuminando su contrariedad y su molestia)* Sacó una foto de su tumba. La llevo siempre conmigo.

HOMBRE: ¿De quién?

MUJER: ...de Cortázar.

HOMBRE: Como lo dijo así... ¿Sacó una foto de su tumba?

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿De donde está enterrado?

MUJER: Claro, ya se lo dije.

HOMBRE: ¿Y usted la lleva...

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Ahí? ¿En su billetera?

MUJER: No querrá que la lleve en un camión. Lo dice como si llevara el cadáver de Cortázar. Mire.

HOMBRE: No, no se moleste, está bien.

MUJER: No, quiero que la vea, es una bonita foto del...

HOMBRE: Está bien, está bien.

MUJER: Oiga, ¿qué le pasa? ¿Por qué no quiere ver la foto?

HOMBRE: No, no es que no quiera verla... ¿Es una foto de un cementerio?

MUJER: EuroDisney todavía no existía, así que no pudieron enterrarlo ahí.

HOMBRE: Verá, es que no me gustan los cementerios, ni las tumbas ni nada de eso.

MUJER: Pero es un cementerio muy lindo, más que un cementerio parece un jardín de infantes.

HOMBRE: De todas maneras, déjelo.

MUJER: Insisto en que la vea. *(Saca la foto del bolso, él pone la mano delante)*
No sea chiquilín, agárrela. *(Él la toma, la mira rápidamente y se la devuelve)*

HOMBRE: Muy linda.

MUJER: ¿Vio el Montparnasse en el fondo?

HOMBRE: Perfectamente.

MUJER: Le muestro otra.

HOMBRE: ¿Otro entierro?

MUJER: No.

HOMBRE: Un momento...

MUJER: ¿Sí?

HOMBRE: El subte.

MUJER: No es el subte.

HOMBRE: Sí que es, lo escuché.

MUJER: No, no es.

HOMBRE: ¿Cómo lo sabe?

MUJER: Porque no puede ser.

HOMBRE: ¿Ah, no? ¿Y por qué?

MUJER: Porque antes llegan los murciélagos.

HOMBRE: Oiga, usted me está tomando el pelo.

MUJER: Claro que no. ¿Cómo, no lo sabe?

HOMBRE: Saber qué.

MUJER: ¿De verdad no lo sabe? ¿Toma el subte todos los días y no lo sabe?

HOMBRE: Y si no me lo dice, no creo que llegue a saberlo nunca.

MUJER: Que llegan antes.

HOMBRE: ¿Antes de qué?

MUJER: Del subte. Cuando lo oyen llegar, salen pitando. ¿Qué haría usted si una culebra de quince toneladas le estuviera pisando los talones?

HOMBRE: Bueno...

MUJER: Vamos, ¿qué haría?

HOMBRE: ¿Correr?

MUJER: ¿Sabe volar?

HOMBRE: No.

MUJER: Eso hacen los murciélagos. Así que no se moleste... cuando vea venir una bandada de murciélagos, sabrá que viene el subte.

HOMBRE: Voy a estar atento. *(Se levanta, va hasta las vías y se asoma)*

MUJER: Algunos no lo consiguen.

HOMBRE: ¿Perdón?

MUJER: Los que pierden la orientación se golpean contra las paredes, o mueren electrocutados y finalmente son aplastados en las vías.

HOMBRE: *(Que ha vuelto a sentarse e intenta cambiar de tema)* Es fuerte.

MUJER: ¿Usted cree? A mí me parece tabaco para niños.

HOMBRE: Ah.

MUJER: Oiga, ¿sabe una cosa?

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: No se ha dado cuenta...

Él mira a su alrededor por si va a soltar una bandada de murciélagos de una jaula escondida en alguna parte o le va a enseñar una foto de un bebé desmembrado y mordido por ratas de rabo largo y duro.

MUJER: Todavía no me dijo su nombre.

HOMBRE: *(Resopla de relajado)* No, es verdad, pero tampoco usted me dijo el suyo: empate.

MUJER: ¿Y por qué no me lo dice?

HOMBRE: Claro que se lo digo, me llamo Marcelino.

MUJER: Como pan y...

HOMBRE: Exacto. ¿Y usted? ¿Cómo se llama?

MUJER: Ah, no, no.

HOMBRE: Ah, no, no, ¿qué?

MUJER: No, no se lo digo.

HOMBRE: ¿Por qué?

MUJER: Porque es muy feo.

HOMBRE: Peor que Marcelino no creo que sea.

MUJER: Bastante peor.

HOMBRE: A ver.

MUJER: Ya le dije que no.

HOMBRE: Vamos...

MUJER: *(Muy, muy irritada, fuera de sí y de sus cabales)* ¡¡Qué no!! *(En un rumor que él pueda percibir)* Que pelotudo, está sordo...

HOMBRE: Bueno no se ponga así. Usted se lo pierde, le iba a contar un secreto.

MUJER: Métaselo en el culo.

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: Se lo digo si me promete no reírse ni hacer bromas.

HOMBRE: Trato hecho.

MUJER: ¿No se va a reír?

HOMBRE: Si quiere, se lo puedo prometer.

MUJER: No, no le creo.

HOMBRE: Se lo prometo y se lo juro por mis padres.

MUJER: Me lo promete y me lo jura por sus padres y por sus muertos y por lo que más quiera en este mundo.

HOMBRE: Está bien.

MUJER: Bueno.

HOMBRE: Bueno. ¿Qué?

MUJER: Hágalo.

HOMBRE: *(A desgano)* Prometo, juro por mis padres, por mis muertos, *(irónico)* incluso por mi colección de figuritas de River...

MUJER: ¿Eso es lo que más quiere en el mundo?

HOMBRE: Son de cuando jugaba Di Stéfano...

MUJER: Está bien, siga.

HOMBRE: ...juro que no me voy a reír de su nombre. Ya está. Ahora dígamelo.

MUJER: *(Rápidamente, emitiendo algo parecido a)* ...stina.

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: ¡Agustina!

Él piensa el nombre, ella le observa y él intenta que no note nada (de modo que pone cara de haber degustado algo de un sabor horrible que no termina de llegar a la lengua). Ella se acerca cada vez más al rostro de él. Él termina tapándose la cara con la palma izquierda: ya no puede contener la risa.

MUJER: ¿Qué? Ya empezó la pavada, ¿no? Le recuerdo que hicimos un trato. Me lo juró por sus padres, no debería reírse.

HOMBRE: Si, pero es que...

MUJER: Dele, largue la risa, estoy acostumbrada.

HOMBRE: No, no.

MUJER: Vamos, tenga pelotas.

HOMBRE: Oiga, yo...

MUJER: Usted es un jodido de mierda. Pare de reírse o lo mando a la puta madre que ...

Él la para en seco.

HOMBRE: Oiga, tenga cuidado con lo que dice.

MUJER: ¿ Ah, sí? ¿Y por qué, eh? ¿Se puede saber por qué? ¿Me va a dar una paliza? ¿Va a hundirme los dientes, aplastarme la cara contra la pared? ¿Qué carajo va a hacer?

HOMBRE: ¿Pero qué dice?

MUJER: Usted se cree que está en el Oeste, ¿verdad? Se cree que es Clint Eastwood. *(Lo golpea en el hombro)*. Está bien, pégueme, hágalo, sé defenderme, no crea que le va a ser tan fácil.

HOMBRE: Cálmese, por favor.

MUJER: ¡Desgraciado!

HOMBRE: No creo que sea para tanto.

MUJER: ¡Pingüino!

HOMBRE: Jamás he visto algo parecido.

MUJER: ¿Ah, no?

HOMBRE: No.

MUJER: Bueno, a ver si así aprende a no reírse de sus semejantes, idiota.

Ella se sienta, rebusca en la bolsa el último de los Gauloises y comienza a fumarlo hasta que lo escupe porque lo ha prendido del revés. Busca otro, pero ya no queda que fumar.

Él ha empezado a recoger sus cosas con parsimonia, para que ella sea consciente de su error de modales.

HOMBRE: Buenos noches. *(Parece que se va a ir)*

MUJER: ¿Cómo?

HOMBRE: Hasta luego, señora.

MUJER: ¿Cómo se va?

HOMBRE: Por supuesto.

MUJER: *(Cerrándole el paso)* Oiga, por favor, no se vaya, no me deje sola.

HOMBRE: Déjeme pasar.

MUJER: No, quédese.

HOMBRE: Por favor, déjeme pasar.

MUJER: Por favor, sea bueno, quédese un poco más.

HOMBRE: Le pido que me deje pasar.

MUJER: Se lo pido de rodillas. *(Lo hace y rompe a llorar)* ¡No me deje sola, no lo haga, por favor, no quiero quedarme sola!

HOMBRE: Pero, ¿qué hace, señora? Levántese. *(Deja el diario en el suelo, el portafolios y la ayuda a levantarse)* Venga, vamos a sentarnos.

Se sientan, él la tiene medio abrazada, ella llora desconsoladamente. Él le dice:

HOMBRE: No se preocupe, no me voy, lo dije en broma, no la voy a dejar sola, tranquila, no se preocupe.

MUJER: No soporto los truenos.

HOMBRE: No hay truenos.

MUJER: Habrá, dentro de poco. Soy meteoróloga.

HOMBRE: Si, ya me lo dijo, pero no hay truenos.

MUJER: Habrá, ya va a ver.

HOMBRE: Bueno, si truena que truene.

MUJER: Gracias por quedarse conmigo.

HOMBRE: De nada.

MUJER: Perdóneme.

HOMBRE: Tranquila.

MUJER: Perdóneme.

HOMBRE: No hay nada que perdonar.

MUJER: (*Enérgica*) Usted perdóneme, y después vemos.

HOMBRE: Está bien, la perdono.

MUJER: Estuve un poco bruta.

HOMBRE: Todos nos ponemos así alguna vez.

MUJER: Sí, pero yo estuve a punto de matarlo.

HOMBRE: (*Ríe*) ¿Ah, sí? ¿Y cómo iba a matarme?

MUJER: Con la pistola que llevo en la cartera.

HOMBRE: (*Se incorpora y la suelta dando un salto*) Bueno, pero ya está todo olvidado. ¿No?

MUJER: ¿Entonces me perdona?

HOMBRE: Claro que la perdono, faltaría más.

MUJER: Es usted muy hermoso.

HOMBRE: Bueno...

MUJER: Marcelino, ¿sabe una cosa?

HOMBRE: ¿Qué Agustina?

MUJER: Su nombre es muy lindo.

HOMBRE: El suyo también.

MUJER: ¿Usted cree?

Ella termina de secarse las lágrimas, todo vuelve a su sitio.

MUJER: Bueno parece que no llega ese maldito subte. Este país, cada día peor.

HOMBRE: ¿Pero no me dijo que no lo esperaba?

MUJER: Y no lo espero, pero eso no me quita el derecho a criticar el servicio.
¿No cree?

HOMBRE: Desde luego que no.

MUJER: ¿Está casado, Marcelino?

HOMBRE: Sí.

MUJER: ¿Hijos?

HOMBRE: Uno.

MUJER: ¿En qué trabaja?

HOMBRE: Soy abogado.

MUJER: Debe ser un trabajo muy aburrido.

HOMBRE: Depende, lo mío es muy divertido.

MUJER: ¿Ah, sí? ¿Qué hace?

HOMBRE: Me dedico a la quiebra de empresas.

MUJER: Un poco triste, ¿No?

HOMBRE: Siempre me gustaron los finales tristes.

MUJER: Igual que a mí. Que a mí no, quiero decir: me encanta lo que acaba bien. Lo que bien acaba, bien empieza.

HOMBRE: Si usted lo dice.

MUJER: Chisst.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: El subte.

HOMBRE: ¿El subte?

MUJER: Creo.

Ella ha creído escuchar algo, él ha corrido a su lado, falsa alarma. Silencio. Ella saca otros cigarrillos, esta vez nacionales, y le ofrece, pero él lo rechaza con un gracias y una mano en el pecho como el conde de Orgaz, como significando que ya está bien de cáncer por hoy. Ella fuma, él opta por sentarse, entonces se da cuenta de que sus cosas aún están en el suelo y empieza a recogerlas. Las coloca en el asiento de en medio. Vuelve a abrir el diario. Pasa las páginas sin detenerse demasiado en ninguna de ellas. Mira su reloj.

HOMBRE: Me parece que se va a perder el documental de culebras.

MUJER: Ya lo sé.

HOMBRE: Aunque si no tardara más de cinco minutos... ¿Dónde vive?

MUJER: Y dale, ya le dije tres veces que no espero el subte, que me metí aquí huyendo de la tormenta y que soy meteoróloga, ¿Quiere que se lo repita?

HOMBRE: Tranquila, es usted un poco irritable.

MUJER: Si me pierdo el documental es sólo y únicamente porque no tengo televisor. ¿Ok?

HOMBRE: ¿Cómo dijo?

MUJER: Lo que oyó.

HOMBRE: No tiene televisor...

MUJER: *(Imitándolo con tono de burla)* No tiene televisor...

HOMBRE: Es que se me ocurrió algo, si usted no tiene televisor...

MUJER: Le encanta meter el dedo en la llaga, ¿eh?

HOMBRE: ...tampoco tendrá video, claro.

MUJER: No ni bombachas limpias para cambiarme todos los días.

HOMBRE: Escuche, lo podemos arreglar, llamo a Ginebra y le digo que lo grabe, ¿le parece?

MUJER: ¿A Ginebra? ¿Ha dicho a Ginebra?

HOMBRE: Mi mujer.

MUJER: ¿Su mujer? No me diga que su mujer se llama Ginebra...

HOMBRE: La llamo y le digo: Hola Ginebra, estoy esperando el subte y por eso estoy retrasado, haceme el favor de grabar el documental de culebras que dan en Canal 2. ¿OK?

MUJER: Da lástima.

HOMBRE: ¿Por qué?

MUJER: Es que usted no piensa las cosas, ¿no es cierto? ¿No me dijo que le horrorizaban las culebras?

HOMBRE: Pero...

MUJER: Seguro que su mujer lo sabe.

HOMBRE: Por supuesto, ella sabe todo sobre mí.

MUJER: Entonces, si su mujer dice: ¿para que mierda quiere que le grabe un programa de culebras con el asco que le dan? ¿Qué le dice, eh?

HOMBRE: La verdad.

MUJER: ¿Cómo?

HOMBRE: Le digo la verdad.

MUJER: ¿Cuál?

HOMBRE: Que es para usted.

MUJER: ¿Que es para mí?

HOMBRE: Obviamente.

MUJER: ¿Está loco o qué? ¿Usted se cree que las mujeres somos taradas? Me gustaría saber qué piensa usted de las mujeres.

HOMBRE: ¿Qué opinión voy a tener, si estoy casado?

MUJER: ¿Ah, sí? ¿Está casado? Déjeme que lo felicite.

HOMBRE: (*Extrañado*) Gracias.

MUJER: Sí usted le dice eso a su mujer, sí le dice: “Hola Ginebra, mirá, todavía estoy esperando el subte y por eso me retrasé tanto y estoy aquí con una señora a la que le gustaría ver un documental que dan en Canal 2 a eso de las diez y media, sobre culebras, ¿me lo grabás?”. ¿Es eso lo que pensaba decir?

HOMBRE: Más o menos.

MUJER: Entonces su mujer, si no es muy tonta, aunque no pondría las manos en el fuego, lo primero que va a pensar es que usted está por ahí con alguna fulana pasándola bárbaro. ¿No cree?

HOMBRE: No, no lo creo.

MUJER: ¿Ah, no? ¿No cree? ¿No cree que su mujer piense eso? Entonces, amigo mío, déjeme decirle una cosa: es usted más infeliz de lo que yo imaginaba, y eso que yo me imaginaba que usted era muy, pero muy idiota.

HOMBRE: Señora ¿De qué psiquiátrico se escapó? Me está empezando a cansar con tanta estupidez y tanto insulto. Si todavía estoy acá es porque usted no me dejó salir de esta estación, como yo quería, y buscar un taxi. Y recuerde que no hace ni diez minutos estaba ahí, abrazada a mí como una nena, llorando

por culpa de no sé que tormenta que, según usted, que es meteoróloga, en no sé que extraña emisora de Rosario, que seguro que ni existe, dice que va estallar de un momento a otro. Eso no se lo cree nadie.

Suena un trueno en la calle como si el mundo se viniera abajo. Él mira hacia la salida asustado y acciona sin querer la apertura del maletín, del que se cae casi todo. Repara de nuevo en ella, ella lo amenaza con un dedo y una mirada inquisidora.

MUJER: Escuche esto, escúchelo bien, estúpido imbécil, parásito de la sociedad, escúchelo de una vez porque no se lo pienso repetir: Radio Paraná, en Rosario, existe, y bien que existe.

Una luz aparece por el lado izquierdo, debe ser el subte que llega, el subte que no oyeron porque los truenos no cejaban- Ahora ya está en la estación, ahora ya ha parado, ahora él recoge molesto lo que se le ha caído. Suena una sirena y el subte cierra sus puertas, se pone en marcha, desaparece de la estación.

Y hace que la propaganda se levante y revolotee hasta el techo como una banda de murciélagos.

Ninguno de los dos lo ha tomado, él pregunta ya resignado.

HOMBRE: ¿Me convida un cigarrillo?

Y se afloja el nudo de la corbata, se saca el saco con el fin de recoger las cosas con mayor comodidad. Dobla el saco, cae del bolsillo una cartera. Ella la recoge, junto a unos cromos viejos que se han desparramado por el suelo. Toma uno de ellos y pregunta.

MUJER: Marcelino... Tu padre ¿no?

HOMBRE: ¿Mi padre? Ojalá. Es Moreno.

MUJER: ¿Quién?

HOMBRE: Moreno. *(Y dice un Moreno como si todo estuviera aclarado)*

MUJER: Eso no me dice nada.

HOMBRE: ¿No sabés quién es Moreno?

MUJER: Vos no sabías quien era Cortázar.

HOMBRE: Pero me sonaba, por lo menos.

MUJER: A mí Moreno también me suena.

HOMBRE: ¿Ah, sí?

MUJER: Sí.

HOMBRE: ¿Y de que te suena Moreno?

MUJER: De un café.

HOMBRE: ¿De un café?

MUJER: De un café, sí, que compraba mi madre.

HOMBRE: Un café... *(Y ahora con una actitud de niño que se supo la lección a tiempo)* Yácono, Ferrari, Vaghi, Ferreira, Ramos, Rossi, Rodríguez, Moreno, Di Stéfano, Labruna, Loustau: River Plate, la máquina.

MUJER: ¿Y Francescoli?

HOMBRE: ¿Cómo Francescoli?

MUJER: Sí, ¿Francescoli no era de River?

HOMBRE: Vino después, Moreno jugó en los cuarenta.

MUJER: Pero vos no habías nacido.

HOMBRE: No, yo nací en el sesenta y seis, el mismo día que River jugó la final de la Copa Libertadores.

MUJER: Yo nací cuando Cortázar publicó Rayuela.

HOMBRE: *(Evocando molesto)* Ese año Peñarol nos eliminó de la Copa y nos empezaron a llamar "gallinas". Eso fue lo peor que pasó.

MUJER: También cuando Rocamadour murió.

HOMBRE: Mi padre se compró un 600, después lo vendió y construyó una casa en la playa. ¿Rocamadour?

MUJER: El hijo de la Maga.

HOMBRE: Ah.

MUJER: En Rayuela...

HOMBRE: Los sesenta fueron buenos tiempos.

MUJER: Sí. Fue cuando mi padre se ahogó.

HOMBRE: Lo siento.

MUJER: No lo sientas. Yo no lo siento, mi madre no lo siente, mis hermanos no lo sienten, es más, creo que se alegran porque se ahorran un regalo de Navidad. Así que nadie lo siente, nadie, ¿por qué tendrías que sentirlo vos? ¿Te sentís obligado a ser el único en este país que siente que mi padre se ahogara?

HOMBRE: No.

MUJER: Entonces.

HOMBRE: De todas formas, dijiste que no creías que se hubiera ahogado.

MUJER: Ah, ¿no? ¿Y qué otra cosa podía hacer en el medio del Atlántico un dos de noviembre? ¿Llegar nadando hasta Nueva York? ¿Abrir un bar en la Atlántida? No digas estupideces.

HOMBRE: Perdón, pero si aquí hay alguien, y volvemos a lo mismo, que es estúpida hasta la médula, sos vos. Lo que pasa es que por respeto y porque apenas te conozco, no te contradigo, pero yo ya sé que tu padre está más tieso que el Pocho.

MUJER: Perdón, pero eso es una gran impertinencia. No tenés ningún derecho a hablar así de mi padre. Y menos compararlo con el General, del cual, te advierto, era muy amigo. Mi padre sería lo que fuera, pero era mi padre. Por lo menos eso me dijeron.

HOMBRE: (*Rumoreando*) Ni siquiera sabe si era su padre o no...

MUJER: ¿Qué dijiste?

HOMBRE: Nada.

MUJER: ¿Qué dijiste?

HOMBRE: Nada, no dije nada.

MUJER: Escuchame una cosa: espero que nunca, ni por un instante, te veas en la necesidad de pedirle un favor a mi padre, lo espero, porque de lo contrario, te vas a encontrar con una puerta blindada en las narices.

HOMBRE: ¿Qué pasa? ¿Lo hicieron Santo a tu padre? ¿Hasta ahí llegaba su amistad con el General?

MUJER: No te permito que te burles de mi padre.

HOMBRE: No me estoy burlando de tu padre.

MUJER: Sí lo estás haciendo.

HOMBRE: No, me estoy burlando de vos, y si no lo ves, es que estás ciega.

MUJER: Seguramente es eso.

HOMBRE: Seguramente. Ahora, ¿podes hacerme el favor de devolverme mis figus?

Ella lo mira fijamente y luego dirige su mirada a las figuritas. Sabe que en ese momento las puede hacer picadillo. Él también lo sabe, así que ella no deja de mirarlas mientras él la mira a ella, sin perder la dureza en el gesto, esperando que el águila tense.

Ella las mira por última vez suspirando, luego las ordena y las baraja, lee los nombres al pie de las fotos. Cuando llega a la de Moreno, sonrío y dice:

MUJER: Moreno...

HOMBRE: El mejor delantero que ha tenido River. Sin duda.

MUJER: El mejor café que compró mi madre.

HOMBRE: Sin duda. *(Ofrece la mano para que ella se las devuelva)*

MUJER: *(Se las devuelve)* Tus figus.

HOMBRE: Gracias. *(Las mira y piensa qué poco ha faltado)*

Suena el subte y llegan las luces por el túnel. Él toma el portafolios y lo cierra rápido, metiendo de cualquier modo las figuritas en él. El subte llega, abre sus puertas. Ella toma el bolso, se levanta y se dirige a la salida.

Pero él no se ha marchado, se ha quedado de pie como un pasmarote mirando la espalda de ella. Mira hacia un lado del infinito y se humedece los labios pensando: ¿yo soy imbécil o idiota? Justo cuando ella desaparece, él se decide:

HOMBRE: Esperá.

Tras un segundo de incertidumbre, ella vuelve al andén: le sorprende que no tomara el subte.

MUJER: Tu mujer te debe estar esperando.

HOMBRE: Mi mujer nunca me espera. Debe estar en el gimnasio.

MUJER: ¿A esta hora?

HOMBRE: A cualquier hora. Al menos eso dice ella.

MUJER: Entiendo.

HOMBRE: Escuchame: siento lo que dije de tu padre.

MUJER: No te preocupes.

HOMBRE: En serio, lo siento.

MUJER: No te preocupes. Yo también le digo algunas cosas cuando voy a verlo.

HOMBRE: ¿Cuándo vas a verlo?

MUJER: ¿Vos no vas a ver a tu padre?

HOMBRE: Claro que voy a verlo, a los dos. Voy a comer una vez por semana a casa de mis padres, pero no comprendo, vos dijiste...

MUJER: Yo odio cómo cocina mi madre.

HOMBRE: ¿Vos no dijiste que ...?

MUJER: Claro que hace tiempo que no voy. Tendría que llamarla.

Él empieza a darse cuenta de que algo falla, vuelve a dejar sus cosas en el banco y le pregunta:

HOMBRE: Decime, ¿cómo es tu padre?

MUJER: Querrás decir cómo era.

HOMBRE: Bueno por qué no te ponés de acuerdo.

MUJER: ¿Qué querés decir?

HOMBRE: ¿Está muerto o no está muerto?

MUJER: Puede que sí y puede que no, ¿vos lo sabés?

HOMBRE: ¿Yo?

MUJER: ¿Me prestás las figuritas?

HOMBRE: Claro. *(Las saca del maletín)* Tomá. Decime, ¿cómo es tu padre?

MUJER: *(Pasando las figuritas)* Bueno... alto... rubio... de ojos claros, fuerte ...
(Se para en seco. Se queda mirando la foto que tiene en las manos)

MUJER: Éste es mi padre.

HOMBRE: *(Riéndose)* Ése es Di Stéfano.

MUJER: ¿Seguro?

HOMBRE: Segurísimo.

MUJER: Este hombre no puede ser ése.

HOMBRE: Claro que sí.

MUJER: No puede ser, ¿entendés? Este hombre es mi padre. Yo misma tengo una foto igual, se la sacó mi madre un día que se fueron al campo, en... en... carajo, ¿dónde fue...? Pero si me lo dijo ochenta veces...

HOMBRE: Por favor, Agustina, debés estar equivocada.

MUJER: ¿Cómo voy a estar equivocada? Este señor vestido con ese ridículo pantalón corto es mi padre, ¿me oís?, mi padre.

HOMBRE: Este señor con la camiseta del millonario es Di Stéfano. Se parecerá, será idéntico, pero no es él. ¿Cómo se llamaba tu padre, Alfredo?

MUJER: Sí, ¿y vos cómo sabés?

A él se le hiela la sonrisa en la comisura, no puede ser, pero...

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Alfredo, ¿qué pasa, tampoco te gusta?

HOMBRE: ¿Estás segura?

MUJER: Pero cómo no voy a estar segura del nombre de mi padre.

HOMBRE: Qué coincidencia...

MUJER: ¿Coincidencia?

HOMBRE: Sí, es que este hombre también se llama así.

MUJER: Claro que se llama así, porque es mi padre.

HOMBRE: Ya te dije que no puede ser tu padre. Mira, Agustina, ¿cuándo se hundió el barco de tu padre?

MUJER: En el sesenta y siete, al poco tiempo que yo nací.

HOMBRE: Entonces vos nunca viste a tu padre, ¿no?

MUJER: Claro que no. Yo sólo lo vi en fotos.

HOMBRE: Vamos a ver, a ver: tu padre tiene un hundimiento en el sesenta y siete...

MUJER: ...A fines.

HOMBRE: A fines del sesenta y siete, cuando vos tenías...

MUJER: Nueve meses.

HOMBRE: Creés que no murió, pero el barco naufragó en medio del Atlántico, ¿no es cierto?

MUJER: Sí.

HOMBRE: Entonces, ¿cómo podés ir a visitarlo?

MUJER: La ley marca un tiempo antes de que un hombre pase de desaparecido a muerto. La Marina Mercante estuvo esperando hasta que pasara ese tiempo, y entonces, nos regalaron un nicho. A mi madre ya no le importaba. Había pasado demasiado tiempo esperando a mi padre sentada en un noray del muelle como si fuera el bidé de mi casa.

HOMBRE: Creo que me perdí. ¿En un noray?

MUJER: Sí, eso que parece un pollo, donde se amarra el cabo...

HOMBRE: ¿Qué cabo?

MUJER: Desde el barco se echa un cabo a tierra pasándolo por la gatera y se encapilla la gaza en un noray. Luego se pasa el seno del cabo por el molinete, se tensa y se dan vueltas en la bita, para que quede firme. A popa se hace lo mismo. Ésa es la maniobra de atraque.

HOMBRE: *(Ya derrotado)* Claro. Claro.

MUJER: Entonces, sigo: mi madre cambió el puerto por el cementerio. Todos los domingos le cambiábamos las flores mientras ella le cantaba las canciones de Pedrito Rico que tanto le gustaban. Yo tenía que marcarle el ritmo con las manos.

HOMBRE: *(Con sorna) ¿Así? (Marca unos ritmos torpemente)*

MUJER: *(Lo fulmina con la mirada)* Dentro de aquel nicho tan pequeño estaba mi padre, y yo pensaba: qué manías que tiene este tipo. Bueno, eso es todo. Desde entonces voy a verlo y le cuento mis cosas. Yo sé que mi padre no está ahí, pero bueno, al menos están todas sus cosas. Y, desde hace dos años los huesos de mi abuelo.

HOMBRE: ¿También se ahogó?

MUJER: En aguardiente. Flor de borracho. Lo sentí mucho... Era un hombre muy divertido. Vivía en una casa frente al mar. Cuando estaba borracho saltaba por la ventana para ir a mear. Cuando mi madre se enteró de que se estaba muriendo, le pidió que se viniera a la ciudad, una ciudad sin mar. Eso fue lo peor para él. Murió.

HOMBRE: De cirrosis, claro.

MUJER: No, por su costumbre de saltar por la ventana para mear. Una noche saltó por la ventana y jamás volvió a subir. Era un cuarto piso, y sin ascensor.

HOMBRE: ¿Tengo que sentirlo?

MUJER: Todos lo sentimos. Estoy segura de que mientras caía se iba riendo por la equivocación.

HOMBRE: Supongo que sí. Pero siento decepcionarte, éste no es tu padre.

MUJER: Tenés razón. Me había parecido... Cómo le hubiese gustado tener esos dientes.

HOMBRE: ¿Tenía postizos?

MUJER: No. Me refiero a la piorrea. Tenía piorrea hasta la garganta. Imaginate el olor que tenía. A las ocho de la mañana su boca parecía una cloaca.

HOMBRE: Me estás tomando el pelo...

MUJER: No, en serio, su piorrea era algo...

HOMBRE: Me estás tomando el pelo, me debés estar tomando el pelo desde que llegué, debés haber dicho: “a ver quién es el imbécil que llega y le cuento la historia de mi padre, a ver quién es el idiota que se traga el cuento del naufragio o el hundimiento o si mi padre está muerto o...”

MUJER: ...No te estoy tomando el pelo...

HOMBRE: “...está vivo o está muerto o resucitó...”

MUJER: No te estoy tomando el pelo.

HOMBRE: Ah, ¿no?

MUJER: ¿Querés qué te diga la verdad?

HOMBRE: Es lo que estoy esperando hace rato. ¿Hay algo más razonable?

MUJER: En mi padre no hay nada razonable.

HOMBRE: Creo que heredaste eso de él.

MUJER: Yo soy perfectamente razonable.

HOMBRE: Vamos.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: Que estoy esperando.

MUJER: No lo vas a creer.

HOMBRE: Es probable.

Ella lo mira fijo un instante: lo trágico, con una sonrisa en los labios.

MUJER: Mi padre me persigue.

HOMBRE: ¿Cómo? Ah... Claro...

MUJER: Paga para que me vigilen, para saber dónde estoy, y entonces secuestrarme y llevarme con él.

HOMBRE: Tu padre paga para que te vigilen y manda que te secuestren...

MUJER: Hace tres meses que lo despisté y tengo miedo de que me encuentre acá.

HOMBRE: Por eso estabas...

MUJER: Sí.

HOMBRE: No huís de la lluvia, huís de tu padre.

MUJER: Exacto. Pensaba que eras uno de ellos.

HOMBRE: ¿De ellos?

MUJER: De sus matones.

HOMBRE: ¿Tu padre usa matones?

MUJER: Hasta ahora, tres.

HOMBRE: ¿Y si soy uno de ellos?

MUJER: No hay ningún problema.

HOMBRE: ¿No?

MUJER: No, porque saco lo que tengo en la cartera y asunto solucionado.

HOMBRE: ¿Y qué tenés en la cartera, si se puede saber?

MUJER: Un cuchillo.

HOMBRE: ¿No era una pistola?

MUJER: Para las distancias cortas es mejor el cuchillo, puedo clavártelo en la garganta sin que te enteres.

HOMBRE: ¿Tan buena sos?

MUJER: Estuve practicando.

HOMBRE: Estuviste practicando, ¿y con qué practicaste?

MUJER: Con gatos. ¿Qué te parece?

HOMBRE: ¿Y si alguien te ve apuñalándome?

MUJER: Entonces te pego a mí como si nos estuviéramos besando. Nadie podrá distinguir cómo resbala la sangre de tu garganta por mi camisa roja. Y menos con esta luz.

HOMBRE: Claro, por eso te metiste en el subte.

MUJER: Sí.

HOMBRE: Creo que te metiste en la boca del lobo.

MUJER: Yo soy la boca del lobo.

HOMBRE: Parece que tenés todo muy estudiado.

MUJER: Lo tengo.

HOMBRE: ¿Sabés una cosa?

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: Qué historia para no dormir.

MUJER: ¿No me creés?

HOMBRE: Puede que lo crea y puede que no. Pero, por si acaso soy uno de ellos...

MUJER: No, no sos.

HOMBRE: Eso no lo sabés.

MUJER: Sí lo sé, ellos tienen métodos más expeditivos.

HOMBRE: Quizás tu padre cambió de táctica.

MUJER: También eso puedo saberlo enseguida.

HOMBRE: Ah, ¿sí?

MUJER: En cuanto llegue el próximo subte. Vas a tomarlo. Ya dejaste pasar dos y tu mujer, Ginebra, debe estar intranquila.

HOMBRE: No sería la primera vez que llego tarde. Además, no creo que le importe mucho.

MUJER: En ese caso, tengo otra opción: si dejás que me vaya, es que no sos, pero si tratás de retenerme...

HOMBRE: ...es que soy. Probá.

Ella inicia la marcha. Él la toma del brazo y dice:

HOMBRE: ¿Por qué te persigue tu padre?

Ella no contesta.

HOMBRE: Vamos.

MUJER: Porque puedo hacer que lo metan preso.

HOMBRE: ¿Por qué?

MUJER: Primero por violación.

HOMBRE: ¿A quién violó?

MUJER: A mí, ¿a quién va a ser? Y segundo, por enriquecimiento ilícito. Desvió dinero público.

HOMBRE: ¿Adónde?

MUJER: A su bolsillo. Yo trabajaba para él, una noche me quedé hasta tarde, descubrí el chanchullo y lo amenacé con contar todo.

HOMBRE: ¿Y entonces?

MUJER: Me violó sobre el escritorio.

HOMBRE: ¿Hiciste algo?

MUJER: Naturalmente: al día siguiente dejé el trabajo.

HOMBRE: Me refiero a si lo denunciaste.

MUJER: ¿Denunciarlo? Claro. Y hubiera aparecido muerta y violada en una zanja.

HOMBRE: No creo que tu propio padre pudiera hacer algo así.

MUJER: Mi padre tuvo un hundimiento.

HOMBRE: Entonces no era tu padre.

MUJER: Correcto, mi madre se volvió a casar con ese hijo de una gran puta.

HOMBRE: Ahora entiendo todo. Es tu padrastro el que te persigue. Deberías vender este argumento.

MUJER: Sí, creo que sí. Eso de que tu padre te dé palmaditas en el culo, te bese en la comisura de los labios, bromee sobre tus tetas y te viole sobre un escritorio puede resultar muy excitante para el cine

HOMBRE: Por supuesto.

MUJER: Sobre todo si después te pide que se la chupes.

HOMBRE: ¿No tenés miedo de volverte paranoica?

MUJER: No, porque siempre encuentro con quien desahogarme; en este caso, fuiste vos.

HOMBRE: Bien.

MUJER: Debería darte las gracias.

HOMBRE: De nada.

MUJER: Siempre doy las gracias. Mi padre decía que siempre hay que ser agradecido.

HOMBRE: ¿Cuál de los dos?

Ella no contesta. Lo mira, repara en sus manos: descubre que no lleva anillo. Ruido del subte.

HOMBRE: Bueno, ya llega, tengo que irme.

MUJER: *(Confirmando su sospecha)* Lo sabía.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Querés despistarme.

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: No te hagás el tonto.

HOMBRE: No me hago el tonto.

MUJER: No vas a tomar ese subte.

HOMBRE: ¿No?

MUJER: ¿Y tu anillo?

HOMBRE: ¿Qué anillo?

MUJER: El de casado.

HOMBRE: Nunca lo uso.

MUJER: Nunca lo usaste.

HOMBRE: Así es.

MUJER: Nunca lo usaste porque nunca te casaste.

HOMBRE: Eso no es cierto.

MUJER: No tratés de engañarme.

HOMBRE: No te estoy engañando.

MUJER: No vas a tomarlo.

El metro cada vez más cerca.

MUJER: Tu subte.

HOMBRE: Deja el subte en paz.

MUJER: Lo vas a perder.

HOMBRE: Según vos, no lo voy a tomar.

MUJER: Sé que no.

HOMBRE: Esperemos.

El ruido amortigua sus voces, apenas se les oye.

MUJER: No sos más que un matón hijo de puta.

HOMBRE: ¿Qué decís?

MUJER: ¡Qué sos un asesino hijo de puta, un matón de mierda!

HOMBRE: ¡No te oigo!

El ruido intenta apagar sus voces con su ladrido. Ella se va alejando de él con una mano dentro de la cartera.

MUJER: ¡Tomalo!

HOMBRE: ¡No pienso tomarlo!

MUJER: ¡Andate!

HOMBRE: ¡No me da la gana!

MUJER: ¡Tu mujer te está esperando, ¿no?!

HOMBRE: ¡A la mierda con mi mujer!

MUJER: ¡No hables así de tu mujer!

HOMBRE: ¡A la mierda con mi mujer! ¡A la mierda con esa puta, que no hace más que comprarse ropa y cojer con cualquiera en el gimnasio! ¡A la mierda con mi mujer y su puta madre!

En ese momento el subte no hace ningún ruido. Abandona la estación.

MUJER: ¿Ves?

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: No te fuiste.

HOMBRE: Dame un cigarrillo. *(Ella se lo da)* ¿De qué estábamos hablando?

MUJER: De tu anillo.

HOMBRE: No estábamos hablando de mi anillo, estábamos hablando de que soy un asesino hijo de puta, un matón de mierda y de que estaba acá para matarte.

MUJER: Es cierto.

HOMBRE: Pues no lo soy.

MUJER: Yo tampoco quiero que lo seas, en ese caso tendría que clavarte el cuchillo o dispararte con la pistola.

HOMBRE: No será necesario.

MUJER: Entonces, ¿por qué no te fuiste?

HOMBRE: Tengo que contarte algo.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: *(Después de pensar un momento como empezar)* Creo que mi mujer me engaña.

MUJER: Ves.

HOMBRE: Carajo, ya sé que no se puede comparar con una violación. En realidad, no iba a mi casa. Creo que todo empezó en el gimnasio y ahora está con uno de esos... La estaba siguiendo.

MUJER: ¿Por qué?

HOMBRE: Está claro, ¿no?

MUJER: ¿Quieres matarla?

HOMBRE: ¿Matarla? Por Dios, es mi mujer. Yo sólo quiero...

MUJER: ¿Qué?

Él no contesta.

MUJER: ¿Volver con ella?

HOMBRE: No lo sé.

MUJER: Ahora está claro, creía que me estabas siguiendo a mí. Y, en realidad, no era nada. Parece que los dos nos estuvimos mintiendo.

HOMBRE: Sí.

MUJER: ¿De verdad?

HOMBRE: ¿Cómo?

MUJER: Eso.

HOMBRE: Por favor no empecemos.

MUJER: ¿No seguirás haciéndolo?

HOMBRE: No la compliques más, ya te dije la verdad.

MUJER: Quizás yo no sea meteoróloga.

HOMBRE: Agustina...

MUJER: Quizás vos...

HOMBRE: Quizás yo vendo calendarios, o soy domador de delfines... Bueno, creo que ha llegado el momento... Voy a tomar el próximo.

MUJER: Muy bien.

HOMBRE: Seguro que ahora tardará más en llegar.

MUJER: Seguramente.

HOMBRE: Y todavía tengo que tomar el tren. Esto es insoportable.

Ella, que lo ha estado mirando fijamente y con una creciente sonrisa, se pone de pie y se le acerca. Saca su paquete de cigarrillos y se lo ofrece.

MUJER: Tranquilo, tené un poco de paciencia, no va a tardar.

Él saca un cigarrillo y se da cuenta de que es otro paquete de Gauloises Caporal. Se enciende uno y le devuelve el paquete.

MUJER: Tenelos, los guardaba para una ocasión.

Él da una sola pero abundante pitada. Dice un "no" que sólo es un chasquido de la lengua.

MUJER: Calmate.

HOMBRE: Es que siempre pasa lo mismo, cuando lo necesitas...

MUJER: No te enojés...

HOMBRE: Y después dicen que estamos en el primer mundo.

MUJER: Calma.

HOMBRE: No entiendo. O pasan tres seguidos o ninguno.

MUJER: Te pones muy feo cuando te enojás.

HOMBRE: No entiendo esta informalidad.

MUJER: No frunzas el entrecejo, estás muy feo, Marcelino.

Él la mira sorprendido. Ella comienza a acariciarle el pelo como a un amante dormido por el alcohol. Él intenta desembarazarse.

HOMBRE: Agustina...

MUJER: Sos muy lindo. No me había dado cuenta hasta ahora. Tenés los ojos azules.

HOMBRE: Yo no tengo los ojos azules.

MUJER: Me gustaría besarte.

HOMBRE: ¿Pero qué hacés, qué estás haciendo?

MUJER: Dejame que te bese.

HOMBRE: Por favor, Agustina.

MUJER: No me llames así, llamame de otra forma, nunca me gustó ese nombre.

HOMBRE: Pero...

MUJER: Llamame Laura, dale, quiero escuchar cómo me llamás Laura.

HOMBRE: ¿Laura?

MUJER: Laura, sí, ¿no te gusta?

HOMBRE: Sí, claro.

MUJER: Dejame que te bese, dale. Tengo un preservativo en la cartera.

HOMBRE: ¿Un preservativo? Agustina, por favor.

MUJER: Laura.

HOMBRE: Laura, no estarás hablando en serio.

MUJER: Es de limón.

Ella lo abraza, le besa la boca aunque él se resiste, en principio. Poco a poco, cede a los deseos de ella. Él se ve a sí mismo en los ojos de ella y ella en los de él. Un leve ruido de subte que se aproxima llega hasta sus oídos, pero no lo escuchan.

HOMBRE: Laura.

MUJER: Marcelino.

HOMBRE: No, mejor llamame Rafa, siempre me quise llamar Rafa.

MUJER: Rafa...

Ella deja que su mano derecha resbale brazo debajo de él.

HOMBRE: Epa.

MUJER: ¿Qué?

HOMBRE: No me vas a apuñalar, ¿verdad?

MUJER: No, voy a bajarte la bragueta.

HOMBRE: Ah.

Ella hace lo que ha dicho. El subte está cada vez más cerca. Llegan los tres últimos murciélagos, locos con ese frenético ir y venir del subte. Anuncian la muerte en sus membranas. Llega. Por un momento, los amantes desaparecen tras el gran armatoste. Se han abierto las puertas, ha bajado gente que corre hacia las salidas, el cielo amenazando lluvia como si dos personas amándose no valieran al menos un vistazo. El pido que permite la marcha escandalosa del tren.

HOMBRE: *(Rompiendo el abrazo)* Tenés que venir conmigo.

MUJER: *(Recogiendo sus cosas)* De acuerdo. ¿A tu oficina? *(Y luego irónica)* Perdón: ¿a tu estudio?

HOMBRE: A la comisaría.

Ella se guarda su decepción muy adentro, donde él no pueda encontrarla.

HOMBRE: Se te acusa de complicidad en el delito de fraude y estafa de tu padrastro. Dame el cuchillo.

MUJER: *(Tras recomponerse en un segundo)* No te olvides la pistola.

HOMBRE: Es verdad, también tenés que entregarme la pistola.

MUJER: Por supuesto. *(Le entrega la cartera)*

HOMBRE: ¿Me creerías si te digo que odio mi trabajo?

MUJER: Te creo.

HOMBRE: Pero tenés que venir conmigo.

MUJER: La vida es así.

HOMBRE: Así de mierda. Supongo que no te darán mucho. Cinco, a lo sumo, diez, no creo que llegue a veinte.

MUJER: No está mal.

HOMBRE: Bueno, vamos. No vas a intentar escaparte, ¿no?

MUJER: Quizás.

HOMBRE: No quisiera tener que esposarte.

Miradas mutuas.

HOMBRE: Sé que no vas a hacerlo.

MUJER: Quién sabe.

HOMBRE: ¿Vamos?

MUJER: Adelante.

HOMBRE: *(Por si acaso la toma del brazo)* Laura.

MUJER: ¿Sí?

HOMBRE: Siento tener que hacerlo.

MUJER: Rafa.

HOMBRE: ¿Sí?

MUJER: Yo, no.

Él echa un último vistazo a la estación, los túneles. Cuando da la vuelta, su risa no aguanta, de un momento a otro va a explotar. Ella no entiende nada y pregunta:

MUJER: ¿Qué pasa?

HOMBRE: *(Riéndose)* Te lo creíste, ¿eh?

MUJER: *(No le ha hecho ninguna gracia)* Un poco.

Ella no reacciona, aún le clava la mirada, así que él insiste.

HOMBRE: Basta, vamos a un hotel. Pero antes te invito a cenar.

MUJER: ¿Ahora? ¿Y el subte?

HOMBRE: Que se vaya a la mierda el subte.

MUJER: ¿Y tu mujer?

HOMBRE: Que se vaya a la mierda mi mujer. Vamos, conozco un restaurante chino que queda cerca.

MUJER: Me encanta la comida china.

HOMBRE: ¿Vamos?

Una pausa que alimenta la incertidumbre.

MUJER: Vamos.

Caminan hasta la salida de la estación. Ella se detiene.

MUJER: Todavía no nos presentamos.

HOMBRE: Es verdad, soy un desastre para estas cosas. Me llamo Ricardo, Ricardo Zamora.

MUJER: Yo Emilia.

HOMBRE: Lindo nombre.

MUJER: No empecemos.

Llega el subte.

MUJER: El subte.

HOMBRE: En buena hora.

MUJER: Tengo que irme.

HOMBRE: ¿Qué?

MUJER: Adiós Ricardo. *(Lo toma)*

HOMBRE: Emilia...

Ricardo Zamora queda solo en el andén. En una mano, el portafolios, en la otra el paraguas. Camina hasta el asiento, se deja caer, resopla. Descubre a su lado las gafas olvidadas de ella.

Se coloca las gafas de sol.

Espera.

TELÓN